PAUL BOURGET

SU ÚLTIMA NOVELA

I

HACE tiempo que tengo propósito de escribir algo acerca de este publicista francés, que es uno de los más notables entre los jóvenes. D. Juan Valera anunciaba, no ha mucho, en uno de sus excelentes artículos de la *Revista de España* el propósito de dedicar uno de sus trabajos literarios próximos á Paul Bourget. Me halagó que tan perspicuo ingenio hubiera coincidido con este humilde aficionado al detener la atención singularmente entre los varios escritores franceses de la nueva generación, en el autor de los *Ensayos psicológicos* y del *Cruel enigma*; pero al mismo tiempo pensé que era casi un deber de cortesía, y un buen consejo de la prudencia, esperar á que el maestro hablase, ó por lo menos no tratar con mucho detenimiento asunto que él ha de tocar, según promete.

Por otra parte, cuando yo formé tal propósito, Paul Bourget, aunque ya muy apreciado por algunos, no era estimado en todo lo que vale por la generalidad de los críticos y lectores, y había alguna novedad y cierta conveniencia del arte en propagar sus méritos. Hoy ya no sucede lo mismo: Bourget es uno de los escritores que están *de moda* en París, y puede decirse, por consiguiente, que en todo el mundo literario. Confieso que, para mí, hablar de un Bourget no famoso todavía, cuyos méritos no hubiesen sido objeto de la atención de muchos, hubiera sido más agradable tarea, de mayor incentivo, que hacer coro á los aplausos generales.

Y esto, principalmente, porque hay muchos, entre los que elogian, tal vez ya demasiado, al notable crítico y novelista, que no lo hacen con muy buena intención, sino con la muy dañada de molestar, si tanto pueden, á otros escritores de mucho crédito, cuya gloria pretenden ellos oscurecer con el incienso tributado al *nuevo ídolo* que todavía no ha llegado á crearse las enemistades de la envidia; especie de óxido de que no puede librarse jamás el talento expuesto por largo tiempo al aire libre. El mismo Paul Bourget habla en su última novela, *Mensonges*, principal asunto de este artículo, de varias épocas de la vida literaria, y una de ellas dice que es aquella en que se sale de la oscuridad, y se recibe público homenaje de admiración por parte de los que hacen del escritor nuevo y de su fama arma de combate contra la gloria de los autores ya eminentes. No cabe duda, aunque el hecho sea muy triste, que así como el elector ateniense negaba su voto á Arístides porque ya estaba cansado de su virtud, muchos críticos y lectores se llegan á cansar de los buenos literatos, y votan contra ellos, y hablan de su decadencia á troche y moche, poniendo todos los conatos de su actividad en buscar un hombre nuevo, un ingenio de reciente fama, que ofusque al otro y lo relegue al olvido.

Entre los enemigos de Zola, por ejemplo, se nota el prurito de elevar á todas horas, y sin límites, á Guy de Maupassant y á Paul Bourget.

Éste, discreto como pocos, y al parecer hombre seriamente moral, toma, ante semejante campaña, una actitud que le honra: ni deja de saborear la gloria con que se le brinda, porque tiene la conciencia de que por sus propios méritos la tiene ganada, ni tampoco se deja engañar por la mala intención que quiere, con miras bastardas, colocarle hasta por encima de sus maestros.

No: Bourget no es un maestro todavía, y así lo reconoce él indirectamente en el pasaje de *Mensonges* antes citado, y en otro en que, hablando de su protagonista *de Vincy*, se queja delicada y amargamente de las rivalidades que temen los grandes escritores en el admirador de siempre, que ambicionaba, á lo sumo, llevarle el laurel de una primera victoria, como homenaje de admiración y cariño, al genio cada vez más venerado.

Sea como quiera, entre los que elogian hoy sin tasa al autor de *Andrés Cornelis* hay muchos que ni son capaces de comprenderle, y no pocos que se equivocan, ó fingen equivocarse, considerándole á mayor altura como novelista que en cuanto crítico, cuando lo cierto es que su personalidad literaria se destaca principalmente con originalidad y fuerza en esa especie de crítica sentimental filosófica, donde se encuentran muchas novedades recónditas y un verdadero encanto.

Yo he conocido á Paul Bourget como crítico antes que como artista. *Cruel enigma*, primera novela suya que leí, entró en mi cerebro cuando ya me habían impresionado vivamente aquellos estudios psicológicos, dedicados á muchas de las más insignes figuras de la literatura francesa de este siglo. Aunque en la novela famosa de Bourget he visto también notas nuevas y una tendencia psicológica para mí sumamente simpática, declaro que el primer libro de imaginación de este autor me produjo menos emoción y me sugirió menos ideas que su primer libro de crítica. Es claro que digo *primero*, en uno y otro caso, refiriéndome á mis *Lecturas*, no á su producción.

Como en Francia no hay ahora ningún crítico de excepcional valor en materia de literatura *amena*, crítico de actualidades literarias quiero decir, no habría á quien mortificar poniéndole enfrente á Bourget; pero no sucedía esto en la novela: aquí varios autores eminentes podían ver un rival en el *maestro joven*, y por

este lado arrimó el hombro la mala intención de muchos escritores. En Francia pasa lo mismo que en España: hay mucha gente de pluma, envidiosa, llena de malas pasiones. Esto, que no se echa de ver estudiando aquella literatura á vista de pájaro, se llega á penetrar cuando un día y otro se aplica la atención á la vida de las letras menudas, al camino diario del arte literario en aquel pueblo que, queramos ó no, tanto nos hace pensar á todos. La diferencia está en que allí los malvados de los periódicos tienen, ó mucho, ó, por lo menos algo, de talento, y los similares de aquí, ó tienen poco, ó no tienen ninguno. Dejemos esto, y volvamos á Bourget.

No es fácil separar en él, ni hay por qué en rigor, el crítico del artista. Él mismo habla, en su última novela, de la índole del moderno artista, que siempre tiene dentro de sí un crítico, y generalmente la cultura correspondiente á este último. No podría decir semejante cosa de los autores españoles, que generalmente no tienen dentro de sí ni un crítico, ni medio, ni menos podría decirlo de la cultura adecuada que suele faltar entre nosotros, no sólo á los artistas, sino también á los críticos. Pero, en fin, hay mucho de cierto en esta observación si se trata de escritores franceses, ingleses, alemanes, etc. Yo me atrevo á añadir que se nota cierta tendencia á juntar más y más cada vez la crítica y el arte. No sólo es el artista el que va necesitando ser algo crítico: también el crítico tiende á ser algo ar-

tista. Ejemplo de esto son, por citar pocos: en Inglaterra, la ya ilustre Vernon Lee (Violeta Paget), crítico eminente y novelista ya notable, gracias á *Miss Brown* (de que hablaré probablemente èn otra ocasión, cuando convenga); en Italia G. A. Cesáreo, poeta inspiradísimo y crítico distinguido; en Francia *nuestro autor* y Julio Lemaître, que escribe también de crítica *artísticamente;* y en Portugal un eminente poeta, Anthero de Quental, profundo y elegante crítico.

Y ha de tenerse en cuenta que esta inclinación de la crítica actual, que ahora señalo, no necesita mostrarse en versos y novelas ó en dramas (como los del crítico italiano Gubernatis), sino que, sin salir del terreno de la crítica, puede el escritor de este orden, y esto se observa en muchos de estos días, procurar que su obra sea artística, no sólo en la forma, sino por el fondo, por la índole especial del ingenio y de todo el espíritu del crítico mismo. Detengámonos algo más en este punto, que valdrá tanto como estudiar el carácter más importante en el talento de Paul Bourget.

II

Entre la multitud—pues tal puede llamarse—de escritores nuevos que invaden en la actualidad las letras francesas, haciéndose competencia para conquistar la atención del público universal, no tardó en distinguirse

Paul Bourget como crítico ó *ensayista;* y no ciertamente por el raro hallazgo de una *manera*, de una teoría estética, de un procedimiento; ni por extremar moda literaria alguna, ni por dar un salto atrás á lo Rossetti ó Gabriel d'Annunzio, ni por blasfemar, como Richepin, ó ponerse malo en verso, como Rollinat y tantos otros. La honda simpatía que sugiere bien pronto la lectura de cualquier libro de P. Bourget, nace de las cualidades fundamentales de su espíritu artístico, no de elementos formales ó de tal ó cual prurito estético. Cierto es que también hay originalidad y sello personal en aquella elegancia y delicadeza del estilo, en la suave insinuación con que el psicólogo y moralista que hay dentro de este crítico poeta se mete en el alma del lector como un confesor discreto; pero lo que más le distingue y hace apreciar (querer estaba por decir), es lo que á través de sus obras se ve en su corazón y en su cabeza. P. Bourget, mejor que ningún escritor de los jóvenes, tan bien como el que más, por lo menos, representa en la literatura y en la filosofía esa tendencia saludable que, sin pretender significar una reacción contra la ciencia positivista ó positiva (según se entienda), ni contra la literatura realista, materialista, verista ó *sincera*, ó como quiera decirse, se coloca con ánimo imparcial en neutralidad no sospechosa; y en nombre del sentido moral, del sentido común y de otros varios sentidos buenos, procura dar á cada uno lo suyo, combate sin pasión las exageraciones de todos, y,

sin olvidar que no hay más vida posible que la del presente, buscando el porvenir, respeta en el pasado todo lo grande, y entre lo grande escoge lo posible que nos ofrece la historia como elemento moral no gastado, con una actualidad perenne que lo hace útil acaso para remediar en parte, aliviar por lo menos, ciertos males de nuestros días. Volver los ojos atrás con espíritu reaccionario, con odio de lo presente, es género de orgullo, tal vez de mala índole, en muchos de los que tal hacen; pero pensar que todo hemos de hacerlo nosotros y nuestros descendientes, que no hay nada en lo que se da por muerto, y puede no estarlo, que sirva para hoy, y acaso para siempre, es género de ligereza, de vanidad y de apasionamiento que suele encontrarse aun en espíritus que pasan por muy circunspectos, serios, cautos y profundos. Cualquier estudio de P. Bourget, aunque tenga apariencias de pesimismo tibio, resignado, suave, lleva consigo cierto consuelo y fortaleza; siempre le acompaña un cuidado atento y solícito del bien moral, un respeto jamás declamatorio de la ley ética, una constante alusión implícita, como pudorosa podría decirse, al santo deber, que necesariamente ha de tener un fundamento metafísico, sagrado, por recóndito que sea. Pero, con todo esto, no hay nada en Bourget que signifique borrar lo vivido, desandar lo andado, condenar la historia reciente (absurdo aún más notorio que condenar la remota); no hay nada en él de ese lirismo retrógrado, que á veces es poético, pero

casi siempre injusto é infecundo, ligado muy á menudo con malas causas, lleno de prejuicios en los más, superficial en su filosofía, vago y deficiente en sus propósitos. Por lo mismo tiene más fuerza la lección sana y espiritual del muy discreto autor de *Cruel enigma*. Un maestro á quien él casi adora, Alejandro Dumas, hijo, produce, en mi sentir, menos efecto con su misión moral ostensible, á veces ostentosa, si no menos sincera, fundada en menos firme terreno, dependiente de ideas más discutibles, y sin ese pudor de que antes hablaba, sin esas reticencias y referencias sobrentendidas que dan á la doctrina, en Paul Bourget, la eficacia de un singular encanto. Dumas no sólo ostenta, sino que hasta declama su *moralismo;* y prescindiendo de que es demasiado casuista á veces, y como tal un poco improvisador y algo caprichoso en punto á los deberes y su fundamento, la forma polémica que suele escoger en libros y en dramas le lleva muy lejos y le hace tomar armas que, si le sirven para lucir el ingenio y defender su cuerpo, no aprovechan tanto á la noble causa que en muchas ocasiones sustenta. P. Bourget, á quien como literato no me atreveré yo á igualar con Alejandro Dumas, en el aspecto de que trato le aventaja, pues no aventura paradojas, ni menos predica, ni provoca la contradicción, ni improvisa teorías, casos apurados y salidas extraordinarias. No pretende tener una especie de ninfa Egeria moral, como parece que pretende su maestro; y (lo que importa antes que todo), más pensa-

dor que el dramaturgo, más estudioso y más filósofo, en suma, no apoya su *moralismo* en tan discutidas bases metafísicas como Dumas, que se contenta en este punto con lo corriente, con lo más admitido por los más; pero sin reparar que es lo menos probado, lo menos reflexionado, lo más expuesto á un cataclismo. Basta ver, por ejemplo, lo que Dumas escribía, no ha mucho, para combatir el *nihilismo* estético y moral de Leconte de Lisle. ¡Cuánta gracia, qué soltura, qué precisión y relieve plástico en los argumentos! Pero, al fin y al cabo, ¡qué falta de seguridad, qué falta de justicia, y casi casi qué falta de seriedad! No: no son optimistas á lo Dumas los que han de vencer al pesimismo hoy triunfante.

Pero, dejando paralelos, diré que Bourget no sólo es moralista, sino muy perspicaz psicólogo, no menos en su crítica que en sus novelas.

Aunque para mí vale más, por ahora, como crítico que como novelista, es evidente que en este último concepto tiene gran originalidad y cualidades raras y preciosas; así como también se ha de decir que su renombre actual más lo debe á sus novelas que á sus ensayos de crítica psicológica. Si yo escribiera en esta ocasión una semblanza completa de Bourget, llamarían mi atención particularmente sus estudios acerca de Renán, Dumas, Flaubert, Stendhal, Baudelaire, Amiel, Taine, etcétera, que son su obra más importante, uno de los trabajos de crítica más profundos y *sugestivos* de la moderna literatura francesa; pero no siendo mi propósito, hoy por hoy, más que decir cuatro palabras acerca del autor de *Mensonges* y acerca de este libro, no me detengo en materia que, si bien me solicita, no es del momento.

La primera novela de Bourget que fué acogida con gran aplauso, y que no sé si es también la primera que escribió (1), fué *Cruel enigma*. En ella hay elementos parecidos á los que componen *Mensonges;* pero esta semejanza está más bien en la superficie. Se trata, en uno y otro caso, del amor puro de un joven que, en medio de París y sus grandes corrupciones, vive no más para el alma, y sólo siente sus heridas; pero hay grandes diferencias, no sólo en la *vida exterior*, sino en el fondo del espíritu de Hubert Liavran y de René Vincy, como también hay distancia de Mad. de Sauve á Mad. Moraines, y mucha distancia, sin que deje tampoco de haber analogías por lo que se refiere á las respectivas relaciones con Liavran y Vincy. Más es: tenemos en *Cruel enigma* una madre amante, delicada, que hace la guerra á la pasión fatal de su hijo, y en *Mentiras* tenemos una hermana-madre que representa papel muy parecido; como otros personajes secundarios ofrecen semejanzas, si no en los caracteres, en sus relaciones con el protagonista. Pero, de todas suertes, nada

(1) *L'irréparable*, *Deuxieme amour*, *Profils perdus*, forman un tomo en prosa, que no he leído. Deben de ser novelas cortas. P. Bourget, poeta notable también, publicó, antes de *Cruel enigma*, tres tomos de versos: *La vie inquiete*, *Edel*, *Lee*, *Les aveux*.

de esto acusa falta de invención, pobreza de fantasía, aunque sí la tendencia predominante, por ahora, á estudiar casos psicológicos de un orden en que los recuerdos y cierta observación inmediata ó experiencia propia pueden dar al autor documentos seguros y conocidos profundamente. Después de *Cruel enigma* aparecieron *Crimen de amor*, muy leída y comentada, y *Andrés Cornelis*, que fué llamado el *Hamlet* del día, no para igualarle al de Shakspeare, que tan feo y absurdo le parece á Sardou, sino por la semejanza del asunto entre la novela de Bourget y el drama inmortal. Yo he leído, además, una novelita del ilustre crítico, titulada, si no recuerdo mal, *Carrera de obstáculos*, y también en ella se trata del amor purísimo de un joven, aquí casi un adolescente, héroe por amor.

Sí; el amor, y el amor hondo; el amor, si no platónico, tampoco exclusivamente sensual, es hasta ahora el tema constante de este novelista, que, seguro de llevar al asunto una nota original, bien sentida, y observación propia, fecunda, exacta y sincera, no teme caer en lugares comunes ni correr por camino trillado. No busca la novedad, este escritor, en el asunto, sino en la frescura y fuerza espontánea de su corazón y de su talento.

Sin que yo le coloque entre los grandes novelistas del día, ni le crea capaz de copiar cuadros tan ricos y complejos, plásticos y poéticos, como los de algunos maestros, me atrevo á asegurar que la sencillez de sus composiciones no revela falta de imaginación ni de medios de expresión artística, sino el propósito de mantener la novela psicológica, para la que tiene singulares dotes, y mantenerla en la forma y en los procedimientos que hoy deben emplearse en ella. El cariño de este autor á Stendhal y á Dumas explica esta predilección del novelista.

Según la murmuración literaria, esa tendencia de P. Bourget le ha valido que algún maestro del arte francés haya dicho de él: «Ese P. Bourget... es un Ohnet disfrazado de filósofo.» La frase es injusta, si se debe entender que Ohnet (á quien yo no he leído) es un mal escritor, un hombre vulgar que gana dinero escribiendo para las masas; porque lo cierto es que Paul Bourget, sin que merezca ser colocado, hoy por hoy, á la altura de Zola, ni aun á la de Daudet y Goncourt, es un filósofo sin disfraz y un novelista á quien el vulgo no ha de encontrar mucha gracia ni mucha variedad, pero que será siempre considerado como verdadero artista por los que tienen hábito de juzgar de tales materias.

Y ahora hablemos de *Mensonges* exclusivamente.

III

A Paul Bourget se le ha censurado la predilección con que trata la vida del gran mundo, y la especie de deleite que encuentra en describir la *decoración* de ese

brillante y lujoso teatro, con todos sus muebles de refinado gusto, sus caprichosos *bibelots*, y con la tiránica ley de sus modas. El mismo Lemaître, que en un artículo hermoso y lleno de buena voluntad y de profunda enseñanza trataba con sinngular cariño las obras de Bourget, desentrañando con admirable perspicacia sus méritos más recónditos, al llegar á este punto, con sonrisa benévola, se burla un si es no es de la afición al lujo y á la *high life* que se respira, puede decirse, en las novelas de su colega. En efecto: lo mismo en *Cruel enigma* que en *Carrera de obstáculos*, que en *Crimen de amor*, se nota ese prurito. Pues bien: *Mensonges*, que es una reincidencia, nos explica la causa de este fenómeno observado por la crítica, y nos la explica de modo bien original y con muy elocuente ejemplo. En *Mentiras* debe de haber algo de autobiografía, lo mismo que en *Cruel enigma*, ó por lo menos cierto *lirismo de estudio* algo como una autoanatomía psicológica, á la que no hay más remedio que recurrir cuando se quiere ahondar de veras en la observación y experiencia artísticas. René Vincy nos hace ver con su historia, sobre todo, con su entrada en la sociedad aristocrática de París, las causas del *dilettantismo mondain* de su autor. Vincy joven, poeta verdadero, de la honrada y oscura clase media, que parece tener vinculada la prosa de la vida, por lo menos en el ambiente en que se mueve, da á la escena una comedia en un acto y en verso, *Le Sigisbée*, algo así como *Le Passant*, de Copée, por lo que mira al

éxito. Al día siguiente el nombre de Vincy es famoso en París: el sueño de la ambición juvenil comienza á realizarse, pero su complemento tiene que ser el goce material de la gloria, la entrada triunfal en el mundo de la elegancia y de la riqueza, donde toda comodidad tiene su asiento; donde el bienestar, el lujo, las formas exquisitas, especie de selección de selecciones sociales, son como un dulce acompañamiento musical de la vida que la transporta á cierta idealidad tangible; donde la misma voluptuosidad, hasta en sus tendencias menos puras, toma un tinte de aparente delicadeza. Vincy vive en un rincón *provinciano* de París con su hermana Emilia, que es para él segunda madre, tan amorosa como la perdida, y con el marido de Emilia, humilde profesor libre ó pasante de lecciones á domicilio; excelente varón resignado con su suerte, que consiste en corregir temas y tolerar que su esposa quiera más á Renato que á él. En el modesto cuarto de estudio de René no faltan ciertos atractivos de ese similar del lujo creado por el buen gusto y por una mano que intepreta con sus aliños un amor apasionado; pero lo demás que rodea á Vincy todo es prosa, á lo menos todo lo que se ve: la prosa irremediable de la pobreza casi universal. Rosalía, una joven á quien en secreto Vincy, antes de ser *célebre*, se ha declarado, y que le quiere con alma y vida, no es prosa por su corazón y sus ojos bellos, pero es prosa por la calle en que vive, prosa por la madre que tiene; una de esas madres que tan bien

pinta nuestro Luis Taboada, que casi ocultan la belleza íntima de sus virtudes domésticas y de su amor á los hijos bajo un cúmulo de egoísmos familiares opresores y antipáticos, de pretensiones ridículas, de ínfulas cursis; el alma de su casa, en fin, que representa mejor que cualquier otra aquella *necesaria molestia* de que habla el cómico latino. Para sacar al autor del *Sigisbée* de esta oscuridad prosaica, de este limbo de los pobres, sirve su amigo y protector Claudio Larcher, literato distinguido, autor de dramas demasiado parecidos á los de Dumas hijo, hombre de mundo, esclavo por amor de una actriz tan célebre como desmoralizada, Colette Rigaud, personaje que por sí solo vale una novela, y en cuyo estudio P. Bourget ha empleado esta vez acaso los más delicados pinceles de los muy sutiles y primorosos con que sabe retratar almas. A los que niegan que la novela pueda ser un modo (á su modo) de estudiar ciencia social, les invito á penetrar bien el carácter de Claudio Larcher, y de fijo verán en él precioso *documento* para explicarse el cómo y el por qué de muchos de los fenómenos extraños que hoy ofrece la literatura francesa.

La entrada de Vincy en el gran mundo es toda una solemnidad para la familia, y con su descripción comienza la novela. Una dama rusa, la condesa Komof, es la primera que recibe en sus salones al joven poeta, cuya comedia famosa va á representarse aquella noche en el teatro casero de la gran señora cosmopolita.

Y aquí es donde el autor, con mucha originalidad y fuerza, pinta y explica el efecto profundo que causa en el alma del artista, del poeta, la impresión de respirar por vez primera en la atmósfera del lujo refinado; y no sólo esto, sino el especial encanto que sigue teniendo para él esta vida excepcional, que por sus apariencias tiene trazas de un oasis de poesía en el desierto de la prosa real que por todas partes nos rodea. Ya madame Stäel hablaba de la facilidad con que la corte hace del poeta un palaciego; ya en los tiempos de Augusto, si resistía á la seducción de sus corrosivas, pero elegantes, suaves corrupciones, un Antistio Labeon, un jurisconsulto; y más tarde seguían la tradición *puritana* de la república, ariscos, pero fieles á la libertad, un Traseas y sus contertulios, los poetas, los más y los mejores, sucumbían al encanto; y olvidando la memoria y el ejemplo de Nevio en lucha con los poderosos, Horacio, Virgilio, Ovidio, los mejores, entregaban la cerviz al yugo de flores, como en tantas otras cortes tantos poetas también vivieron al amparo de Reyes y Grandes, porque necesitaba su temperamento la tibia atmósfera de los salones; la vida cortesana, con todos sus atractivos de elegancia, buen gusto, trato exquisito, comodidades voluptuosas y artísticas, esplendores y lujos poéticos.

Si en nuestro tiempo, por mil causas, es ya imposible una corte de Luis XIV ó de Felipe IV (y muchos lo lamentan); si no vale negar que el mejor ingenio se

ha hecho liberal, y, sobre todo, independiente, y ya no caben las debilidades cortesanas, simpáticas acaso, pero nocivas, de un Racine; no dejan los nervios de seguir siendo nervios, y el artista delicado y soñador tiende, aunque sea de lejos y prefiriendo el ostracismo á la humillación, tiende á la patria natural de sus ensueños, á la vida de apariencias bellas, donde el espíritu encuentra las necesidades más humildes y precisas satisfechas sin que él trabaje, y puede consagrarse, libre de *la gleba*, á cultivar la flor del alma, la santa imaginación, sin que le importe mucho que el fondo de aquella existencia, fácil, sugestiva de visiones hermosas, encierre la universal flaqueza, muchos males, mayores por el mismo contraste con la apariencia dulce, amorosa, refinada en sus atractivos. Es más: de este mismo contraste saca tal vez el artista nuevo placer, por el efecto mismo de la antítesis.

En el mundo de la grandeza lo peor son los personajes, y de ellos recibe el artista que entra en tales regiones el primer soplo del desencanto. Esas damas hermosas, de inefable gracia, de misterioso atractivo, que habrían de ser cifra de la gloria; que son, por la apariencia, la joya propia y digna de tan lujoso estuche, debieran, se dice el soñador, sentir, pensar y hablar mejor que las pobres mujeres pobres: el escenario parece que obliga á grandeza de espíritu, á distinción de alma, que corresponda á la distinción real de maneras, costumbres, etc., etc.; y el observador nota pronto que no es así; que no sólo en el fondo no hay virtud y belleza moral, sino que la vulgaridad, la necedad, viven casi siempre entronizadas en tan suntuosas regiones: ¡qué lástima!—Tolstoï, como indica con gran perspicacia Emilia Pardo Bazán, fué uno de los autores que mejor pintaron la *vida mundana* del gran mundo, como decimos por acá; y esto se debe, á mi juicio, no sólo á las circunstancias que facilitaron en él este estudio, circunstancia que en otros escritores (aunque no muchos) han concurrido: se debe principalmente á que Tolstoï, aristócrata y artista, pudo observar como nadie toda la profunda tristeza del contraste, no entre el fondo malo y la apariencia bella, sino entre la decoración hermosa, *clásica*, singular en su belleza y grandeza, y la pequeñez de los espíritus que gozan, por azar del nacimiento y otros azares, del privilegio de habitar como naturales señores en este *mundo* único, excepcional, que sólo el alma del artista sería digna de habitar y poseer. Tolstoï, poeta y aristócrata, no entra en la ley general, tan bien señalada por Bourget, que hace que el noble y el grande, nacidos en el lujo, en la vida del privilegio, del placer, de la elegancia exterior, de todos los esplendores materiales, no puedan por falta de imaginación, y por el *gasto del uso* sobre todo, sentir ni apenas comprobar las ventajas de su posición y la hermosura del mundo aparte en que viven.

En la novela de Bourget es, á mi juicio, lo principal el estudio de este fenómeno sociológico: la adaptación

del espíritu del poeta al ambiente del gran mundo; las luchas que nacen de semejante empeño. El autor, que no ha querido escribir largo, aunque alude aquí y allí á diferentes aspectos de este campo de observación, concrétase en seguida á una de las principales seducciones que el poeta encuentra en este mundo, para él encantado: el amor. Los amores de Mad. Moraines y de Vincy llenan la novela, y el estudio magistral de esa mujer pérfida casi sin saberlo, fruto amargo (acaso irresponsable del veneno que destila) de costumbres é instituciones viciadas, sirven para mostrarnos las etapas del tormento por que va pasando el alma cándida y entusiástica del pobre autor del *Sigisbée*.

Es claro que prescindo en este rapidísimo análisis (más rápido por motivos que no dependen de mi voluntad) de muchos elementos de esta novela, como, v. gr., la muy bien observada y dibujada figura de Desforges, el egoísta metódico que economiza el placer, especie de Harpagón del edonismo; así como dejo aparte muchas observaciones incidentales de gran mérito y que han contribuído al buen éxito del libro. El hilo de lo reseñado va por donde dejo advertido... ¿Y el fin? Vincy, desengañado del amor que parecía el que él buscaba y era el más ruin, el más degradante, ¿adónde volverá los ojos? A la muerte. Se suicida; pero el autor no le deja morir: le deja mal herido, con vagas esperanzas de recobrar la vida. En tanto, sin acercarse á su lecho, transporta el final de la acción á la calle,

donde Claudio Lacher, el iniciador, el semiartista perdido irremisiblemente, no por el *gran mundo* sólo, sino más todavía por esa vida *interlope* de cierta clase de escritores, pintores, etc., etc., de París, encuentra al sacerdote cristiano, al abate Taconet, director del colegio de San Andrés y tío materno del mísero Vincy.

Este personaje, que al principio de la novela no había hecho más que aparecer incidentalmente, aquí viene á representar un papel tal vez simbólico, sin dejar de ser verosímil su presencia, y natural y lógica toda su intervención en el fondo del libro. Es el caso que, en medio de los refinamientos sensuales, y también intelectuales, del París que ha pintado el autor, viene esta noble y hermosa figura, como refresco de esperanza, con su austeridad nada aparatosa, con su puro ideal, que es ni más ni menos la fe de Cristo. El padre Taconet opina que «Francia necesita talentos cristianos.» La última palabra de esta novela no es un hecho frío y mudo de la realidad, ni es un rasgo pesimista; es un aliento de cierta vaga esperanza. El padre Taconet, al frente de una escuela, preparando la juventud de mañana y predicando contra (ó más bien *sobre*) todos los alambicamientos de la vida parisiense la austera religión del deber y la amable religión de Jesús, es, sin duda, una figura que quiere dejar el autor en primera línea y como un efecto intencional y de contraste. ¿Será la idea de P. Bourget que la sed de belleza y de verdad ideal que el artista busca no puede encontrarse en la

quinta esencia de la cultura moderna, representada por el París intelectual, elegante, artístico, sino que ha de remontarse el espíritu, no con tendencia reaccionaria, pero sí con *amor histórico*, á la fuente pura, acaso mal estudiada por unos y por otros hasta hoy, á la fuente pura del ideal cristiano? Aunque algo puede haber de esto, confieso que me han disgustado las afirmaciones demasiado rotundas, poco prudentes por lo rudas y terminantes, de cierto crítico francés, más idealista y alborotador que profundo y caritativo con los contrarios, M. de Chantavoine, el cual, precipitándose y exagerando, y, en suma, echando á perder muchas cosas buenas, atribuye á P. Bourget, por causa de su novela *Mentiras* y de su clérigo Taconet, nada menos que la misión de un nuevo Chateaubriand, y hasta se atreve á esperar, para dentro de poco tiempo, otro *Genio del Cristianismo*.

Lo que puede asegurarse es que P. Bourget siente y comprende tan bien como el primero todo el sentido y la idea de la vida espiritual y sensual moderna en su expresión más refinada, según es en ciertos círculos de París y de otros pocos centros; y á pesar de esto, y con la nostalgia de una patria ideal que no existe en París y sus similares, busca otro ambiente, y como que olfatea por el camino del deber austero, de la abnegación sublime, siguiendo acaso, quiéralo ó no, el rastro de la Cruz.

Á MUCHOS Y A NINGUNO

Todo buen ciudadano que crea en la solidaridad de los intereses sociales debe reconocer importancia al estudio de la vida intelectual de su patria. Examinar con cuidado y constancia los síntomas de la necedad pública no es hacer alarde de pesimismo ni poner cátedra de Heráclito ó de Jeremías.—¿Para qué hablar de los tontos, ni siquiera de los insignificantes? preguntan muchos á la crítica literaria. Cuando la nulidad pasa plaza de medianía, no hay más remedio que atender á ella, sobre todo en un país en que á eso que se estima medianía se le consagra las alabanzas que sólo merecen el talento superior y el genio.

No se persigue por gusto ni por crueldad á los escritores malos, sino porque al público que lee algo, poco, y distraído, y no hace profesión de la literatura, le presentan los periódicos influyentes á esas medianías nulas como si fuesen autores recomendables, dignos de atención y de estudio.

El síntoma es más grave de lo que parece. Se habla

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO